

**EL OBSERVADOR**
SAMUEL GARCÍA

El amago a China, sin plan de vuelo

El anuncio llegó como trueno en día despejado. El 10 de septiembre, la Secretaría de Economía soltó la bomba: México aplicaría aranceles de hasta 50% a más de mil 400 productos de China y otros países asiáticos. La medida sonó contundente, nacionalista, protectora de la industria nacional y engranaje del Plan México.

Pero pronto se reveló otra cosa: el Gobierno no tenía los respaldos listos, ni los estudios completos que requería. En pocas semanas, la decisión pasó de "hecha" a "en pausa", y de ahí a "en veremos".

Lo que empezó como un gesto de firmeza frente a la avalancha asiática se convirtió en una muestra de improvisación política y técnica. Los borradores hablaban de gravámenes de entre 10% y 50% para bienes sin tratado de libre comercio con México, abarcando desde automóviles hasta plásticos, maquinaria, motocicletas y productos químicos. La justificación: proteger empleos e industrias ante una competencia desleal.

Pero el plan no pasó la primera prueba: la del diálogo interno. El Congreso, dominado por el oficialismo, pidió más tiempo y detuvo la discusión bajo el argumento de que el costo económico y diplomático de aprobarlo sin matices sería alto. A la vez, el gobierno chino protestó formalmente y advirtió sobre posibles represalias.

La resistencia más visible vino del sector privado, que advirtió que elevar los aranceles encarecería insumos, reduciría la competitividad y presionaría la inflación. México depende de componentes chinos para su manufactura exportadora: golpear a China sin medir los efectos, advirtieron, sería dispararse en el pie.

El resultado: el tema se empantanó. Hoy, el Congreso tiene hasta el 15 de diciembre para retomar el expediente o dejarlo dormido hasta entrado 2026. Y todo apunta a lo segundo.

La Secretaría de Economía ha desplegado otras medidas arancelarias más focalizadas, como las aplicadas al calzado, textiles y, recientemente, al azúcar, justificadas en la defensa de mercados, empleos y precios internos.

En el papel, parecen parte de una estrategia industrial integrada y de consolidación fiscal; en la práctica, son decisiones fragmentadas, sin visión de conjunto, que responden más a coyunturas que a una política comercial sólida.

Si el Congreso aplaza la discusión, no será por prudencia, sino por falta de acuerdos internos. Y cuando el tema resurja -quizás con el T-MEC- se tendrá que decidir si actúa con pragmatismo o si cede a la tentación del populismo comercial, con los aranceles como bandera política arriesgando competitividad. Porque los aranceles, como los truenos, hacen mucho ruido... pero rara vez anuncian lluvia si las nubes no están listas.

samuel@arenapublica.com